

EVOCACION ICONOMANTICA
DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

POR EZEQUIEL MARTINEZ E.

El Ancla en la Escollera

A comienzos del año 1923, me propuso Rafael Alberto Arrieta (fino y esclarecido artífice de las letras argentinas), que colaborara con él y con Pedro Henríquez Ureña, a la sazón en México, en una tarea que se había propuesto el rector del Colegio Nacional de La Plata, doctor Luis H. Sommariva, consistente en modificar los programas de Castellano y de Literatura. Los programas vigentes en ese Colegio eran los mismos de todos los colegios secundarios de la República, con tres años de Castellano, uno de Preceptiva Literaria y el quinto de Historia de las Literaturas Española e Hispanoamericana. Ese Colegio, que depende de la Universidad Nacional de La Plata, y no como casi todos los otros del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública entonces, tiene facultades para realizar ad referendum cualquier innovación; y el rector Sommariva, que como estudiante fue líder de la Reforma, tenía el propósito de agilizar esas materias rejuveneciéndolas de su senectud escolástica. Para esa tarea él y el profesor Arrieta pensaron en Henríquez Ureña y en mí.

Yo no tenía conocimiento ni del nombre de este ilustre humanista, pero la presentación que me hizo Arrieta (y la lectura de dos obras que me facilitó) dejó en mí la curiosidad de conocerlo, y al mismo tiempo el interés de probar mis fuerzas en la docencia. Yo ingresé en el Colegio en marzo de ese año y poco después llegó Henríquez Ureña. Lo conocí en el Colegio, en seguida

de su arribo.¹ Me dio impresión de hombre tímido, cohibido, cuyo inmenso saber no se manifestaba sino en el cuidado, la sobriedad y la precisión con que se expresaba, más perceptible su extranjería de tierras tropicales en el porte que en la dicción. Comenzó las tareas de inmediato, y se le adjudicó la enseñanza de Castellano en segundo y tercer años. Sommariva dictaba la misma materia; Arrieta enseñaría Historia de la Literatura, y yo, Preceptiva. Durante el curso se proyectó la reforma del programa, diluyéndose la Preceptiva en los tres años de Castellano, historiándose la Literatura en los tres últimos (se creó el 6.º), desde Homero y Hesíodo hasta Pirandello y Zweig.

Muy pocas veces encontré a Henríquez Ureña ese año. Residía en La Plata con la esposa y una hijita de pocos meses. La frialdad que había encontrado en el ámbito docente no se templó. La presentación al cuerpo de profesores definió el status que habría de mantenerse, más o menos invariante, hasta el fin; los que lo recibieron con reservas, y los que con simpatías. Muchos aquéllos, y pocos éstos. No creo que el tiempo modificara apreciablemente esta relación de cifras, circunstancia que relato porque denota dos hechos: que el espíritu de cuerpo es decisivo en la opinión personal sobre los valores intelectuales, y que Henríquez Ureña, pudo experimentar, como Dante, cuán amargos son el pan ajeno y la escalera extraña. Tuve la impresión de que su actuación habría de ser ardua, pues lo que se cotizaba de él en primer término era su condición de forastero. Hasta en los últimos tiempos, llegaba a la sala de profesores, colgaba su sombrero en la percha, después de saludar con leve reverencia, doblaba la silla y se sentaba a proseguir la lectura de algún libro. O directamente iba a la Biblioteca donde permanecía hasta la hora de clase. El alumnado, a su vez, lo acogió con igual prevención, y puedo aseverar con hostilidad. No menos de quince años duró esa incomprensión, y un mote despectivo se iba transmitiendo de promoción en promoción. Fue muy tarde cuando obtuvo el respeto del alumnado —aunque no la simpatía de los profesores—. Hombre que tanto bien hizo por la cultura de mi país, tuvo también su cicuta y su Gólgota. El objeto de que yo revele este penoso y largo vía—crucis es exponer el *esprit de corps*, muy semejante en los institutos de enseñanza en todas partes, conservadores y reaccionarios, y, en Argentina para toda la cultura, la existencia de un ambiente colonial que conserva la impronta de pasados siglos, en que el mester de clerecía era efectivamente un privilegio de clase.

La Acrópolis del Plata

La ciudad de La Plata, generatriz de pedagogos y oradores parlamentarios, ha provisto también de conspicuos liróforos al Parnaso Argentino. Asimismo, de excelentes poetas, como Almafuerte, Arrieta, Delheye, Mendióroz, López Merino, Ripa Alberdi y otros, nativos, residentes o formados allí. Ciudad universitaria, nacida como Palas de los sesos de Zeus, recibió de las Hadas, al nacer, todas las ofrendas de una ciudadanía honoraria; pues nació para zanjar el litigio por la posesión del país entre la ciudad de Buenos Aires y las provincias. Amputada de la Provincia homónima su macrocefálica testa, decapitada la república, se le otorgó como indemnización (en 1880) una ciudad partenogenética: La Plata; y al cumplir la edad de la mayoría intelectual (1905) se fundó la Universidad a iniciativa del Dr. Joaquín V. González, que fue su primer presidente.

La Universidad provee de subsistencia a una tercera parte de la población por el comercio y las casas de pensión para estudiantes; otra tercera parte la administración pública provincial, y el resto la burguesía y la mano de obra. Desde su fundación por Dardo Rocha (con la asesoría del poeta Hernández, autor de *Martín Fierro*, quien sugirió el nombre) tuvo sitio de honor entre sus hermanas plebeyas, destinada por Ley a ser Templo de la Concordia, el Saber y la Prosperidad. Tal carácter conserva, y el forastero lo percibe transitando por sus amplias avenidas y diagonales arboladas, con tilos y naranjos, sus parques señoriales y sus edificios públicos más bien humildes que arrogantes. Menciono la circunstancia por lo curiosa. La atmósfera es aromática, y en ella inmergidos van los jóvenes estudiantes que sueñan con la gloria y la fortuna.

Henríquez Ureña pasó allí la cuarentena de aclimatación, llegado de tierras donde el hombre es aún sujeto de la historia, antes de caer en el torbellino de Buenos Aires, cuya atmósfera es de gas de nafta, de aceite quemado y de hostil indiferencia del transeúnte deshumanizado que ignora que existen los tilos y los naranjos. Vivió en austera sencillez, hasta que en Buenos Aires disfrutó de holgura económica, pero al precio de rudos trabajos y sinsabores. Los pocos jóvenes que comprendieron que les llegaba un *papemor*, formaron a su alrededor un grupo discipular, bien distinto del alumnado del Colegio: Villarreal, Anderson Imbert, Sánchez Reulet, Lida, Rosembat.

Allí había residido Arrieta y vivía Orfila Reynal, que fue para él amigo fraternal, apoyo moral y estímulo, quienes, con Alejandro Korn, Francisco Romero y él, embellecieron la ciudad de Palas con los jardines de Accademo. Más tarde Orfila Reynal fundó la Universidad Popular Alejandro Korn (UPAK) de la que Henríquez Ureña fue profesor honorario y mentor.

Los trabajos y los días

Henríquez Ureña representaba en la docencia argentina de aquellos días un raro espécimen de hombre estudioso y laborioso, serio concedor de las letras universales, consciente y seguro, que trabajaba con asiduidad sin hacer de la profesión un *modus vivendi*, a pesar de las circunstancias en que iba a ejercerla allí. La primera enseñanza de Henríquez Ureña en el Colegio Nacional de La Plata, y en el ambiente ex cátedra que se le formó en seguida, fue la enseñanza del trabajo. Enseñó a los alumnos a trabajar a conciencia, pensando y razonando, sin conceder a la memoria otro papel que el de cimentar los conocimientos, apoyándolos en ella como en una base inerte; y enseñó a los maestros a trabajar como los alumnos, con el mismo método heurístico, con la misma humildad del que aprende aunque enseñe. Enseñó la humildad del saber que no ha dejado de ser aprendizaje. Henríquez Ureña fue un buen maestro porque era un buen estudiante.

Yo lo traté con más frecuencia desde que se trasladó a Buenos Aires, porque a menudo nos encontrábamos en el tren. Duraba el viaje aproximadamente una hora, y en esas ocasiones nuestras pláticas penetraban, hasta donde era posible, en el terreno confidencial. De por sí reservado, parsimonioso en la palabra, no exponía con espontaneidad sus ideas, y mantenía siempre el diálogo en un tono de nobleza sin afectación, limpia de maledicencia y ordinariez. Era fino y cortés; se percibía que se había formado, como escribió a una amiga cierta vez, “en un hogar de intelectuales”.

Muy raras veces me habló de lo que había hecho en su país natal, la República Dominicana, o en España, o en los Estados Unidos, o en México, o en Cuba. Supe que había encontrado siempre los mismos obstáculos que en Argentina. El hábito del trabajo no es común en nuestros profesores y tampoco en nuestros estudiantes. Digo esto, exclusivamente para el caso, porque creo que uno de los óbices o rémoras más persistentes en mi país para el desarrollo de una

alta cultura de cátedra, es el desapasionamiento, la indiferencia, la falta del “Eros pedagógico” con que alumnos y profesores llevan a cabo su tarea, como simple deber institucional. La *libido sciendi* era su pasión.

Cuando viajaba de La Plata a Buenos Aires, y viceversa, Henríquez Ureña iba cargando carpetas y hojas de lecciones escolares. Atendía cuatro divisiones de más de treinta alumnos cada una, y daba clase tres veces por semana: dictado, composición, ejercicios. *Erga ke émere*.

El gusto de la lectura comenzaba en él por el libro como objeto material: la encuadernación, la tipografía, su disposición, “la divina proporción tipográfica”, los márgenes, los detalles todos del sibaritismo del bibliófilo. También en esto congeniaba con Arrieta. Tras un examen somero de la impresión comenzaba con la lectura del texto, lápiz en mano y con una hoja de papel doblada para tomar apuntes. Ninguna lectura —acaso ni de revistas y diarios— sin utilidad. Si se paraba ante la estantería de la Biblioteca del Colegio, en busca de algún libro o simplemente por el placer de mirarlos, acomodaba los que estuvieran ligeramente fuera de fila. Por rutina de la tarea habitual, pero más por escrúpulos maniáticos —yo los padezco también— corregía en el texto hasta la errata más insignificante, de puntuación, digamos, hasta en tal cual folleto que había de arrojar al cesto de inmediato. Por añadidura, como en las planas de los dictados, siempre hacía alguna apostilla fuera de texto, quiero decir en la hoja de notas y no en el libro.

Gustaba de leer en voz alta, no fuerte, sin declamación; y cuando hallaba un pasaje interesante o bien escrito lo comunicaba con la satisfacción, muy del maestro de raza, de hacer partícipe a otros de un hallazgo valioso. Daba a la prosa leída la cadencia de los acentos sintácticos, de sílaba, de frase y de oración, y sabía modular la lectura acompañándola con la mano, marcando la ondulación del ritmo. Leía como hablaba (y hablaba como si leyera). En su producción había llegado a un estilo de prosa coloquial de extrema sencillez, sin ningún vocablo exquisito, como habla el que no se escucha. Llano, limpio, claro; así era él. La lectura significaba para Henríquez Ureña una parte de su responsabilidad docente; colaboraba con el autor.

Además de corregir tal mole de material bruto de lectura —la escolar—, lectura tipográfica de ortografía y sintaxis,

llevaba habitualmente pruebas de página de algún libro que se editara bajo su dirección. Gran parte de su producción en Argentina consiste en prólogos, estudios preliminares y escolios a obras de la Biblioteca de obras clásicas que dirigía en la Editorial Losada. Daba siempre una última lectura al texto íntegro, supongo que para evitarle al lector el desagradable hallazgo de *gazapos*, el fastidio de corregirlos, como hacía él, y la mácula que inexpiablemente queda en la página así mancillada. A sus múltiples y pesadas tareas manuales de ese género, agreguemos, pues, la de corrector de pruebas.

¡Y nunca nada para él; siempre todo para la familia, a la que procuró darle, y le dio, un rango decoroso entre sus amistades!

El mismo esmero y vigilancia puso en corregir cada hoja de los cuadernos escolares, y en este punto debo rendir homenaje a quien en el Colegio pudo, como nadie, apreciar y estimar esa prolijidad inusitada; y así pago en su nombre y en el mío una olvidada deuda de gratitud. Pues de la misma índole laboriosa era el rector Sommariva, hombre excelentísimo, casi ignorado en mi patria, de sólida preparación en su materia y en su profesión de abogado. Correcto, severo y de una temura infantil —vehementísimo e imparable. Escribió lo más importante, una *Historia de las Intervenciones Federales en las Provincias*, obra cardinal a mi juicio sobre ese tema histórico, jurídico y político, documentada con exigencias notariales, que abarca desde la implantación del gobierno nacional (1862) hasta 1930. Hizo un trabajo de investigación como pocas veces se ha realizado entre nosotros, en la manera de Henríquez Ureña. Yo lo visité inesperadamente en su casa mientras estaba en esas tareas, y encontré que tenía apilados, ocupando una pared de su estudio, todos los Diarios de Sesiones de las Cámaras de Diputados y Senadores de la Nación y de las Provincias, pues revisó todos los debates sobre intervenciones, documentándose con conciencia de hombre científico. Henríquez Ureña halló en el rector auspicio para sus innovaciones y defensa contra los congéneres que consideraban la laboriosidad incompatible con el talento. Quizá era de los pocos que interpretaron bien esa disposición hacendera indispensable, a mi juicio, para cualquier tarea docente, elemental o superior. El estatuto del profesor hispanoamericano le impide descender a menesteres manuales, y, para conservar su buen nombre y honor en los educandos, debe llegar tarde a clase e inasistir con frecuencia.

Casi siempre estuvimos juntos en las mesas de exámenes. Henríquez Ureña rara vez interrogaba. Aprovechaba las horas de inútil mortificación de los examinados para leer y tomar apuntes, como absorbido en la lectura; pero a cualquier desatino levantaba la cabeza para mirar fijamente al infractor. Recuerdo la primera vez que intervino para corregir algún grueso desliz. El tema era “el marqués de Santillana” y la diferencia entre poesía popular y poesía folklórica; comentó la *Carta al Condestable*, y las composiciones rústicas “en que las gentes de baja y vil condición se alegran”. Nos dio una clase de dos minutos que permitió al penitente tomar buen rumbo y terminar con éxito su examen. No intervenía para dificultar, sino al contrario, y con pocas palabras colocaba al alumno sobre camino seguro, y lo dejaba. Al hacerse las calificaciones se comprobaba que había seguido los exámenes escuchándolos con atención.

Descanso

La noche anterior al día de su fallecimiento nos habíamos reunido en la Librería Viau los miembros del jurado del club El Libro del Mes, que determinaba el mejor de los publicados en ese lapso. Formábamos el jurado, además de Henríquez Ureña, Batistesa, Baeza, Borges, Amorim, Bioy Casares y yo. Siempre se deliberaba discutiendo, y era ésa buena ocasión para ejercicios de calistenia literaria. Quedamos él, Viau, Borges y yo. Henríquez Ureña estuvo lacónico y denotaba lasitud. A nadie llamó la atención, y menos a mí, que acostumbraba verlo siempre fatigado, sobrefatigado, exhausto. Se sentó frente a una estantería, como si meditara. Nuestro último diálogo fue éste: —¿No se encuentra bien? —No —respondió—; no estoy bien, pero ha pasado. Voy a hojear unos libros. —¿Ló acompaño a su casa? —No; ya estoy repuesto.

Al día siguiente don Gonzalo Losada dio un almuerzo a los colaboradores de su editorial, en el restaurante de Harrod's. Allí conocí a León Felipe y a Ricardo Molinari; tenía enfrente a los hermanos Jiménez de Asúa, que conversaron entre sí, aislados de los comensales, en un coloquio jovial de tan cordialísima efusión que estuve observándolos todo el tiempo. Losada se puso de pie, y con voz conmovida anunció: —Tengo esta triste noticia que darles: nuestro querido amigo y compañero, Pedro Henríquez Ureña, ha fallecido.

No estuvo con nosotros porque quiso cumplir con sus obligaciones en La Plata. Viajaba en tren en compañía del doctor Augusto Cortina, y al agacharse para levantar el sombrero que había caído de la percha, quedó instantáneamente muerto de un derrame cerebral. Cortina habló por teléfono a casa, para darme la primera noticia, y mi esposa la transmitió a la Editorial Losada. ¿Por qué, en su conmoción, pensó en mí el doctor Cortina? ¿Me recordó Henríquez Ureña antes de morir?

Después de los efectos del *shock* de la noticia, pero sobre todo al visitar la desolada casa del velatorio, comprendí por primera vez que Henríquez Ureña era un sostén que yo había perdido para siempre. Doña Isabel me tomó las manos y sollozó: “ ¡Qué solas nos ha dejado! ” Sus palabras se hundieron en mi alma como mi propio lamento.

Se me encomendó que hablara en el sepelio como presidente de la Sociedad Argentina de Escritores y en nombre de sus colegas: Max Henríquez Ureña, embajador de Santo Domingo, lo hizo en el de la familia, y, por los amigos, el doctor Arnaldo Orfila Reynal. Un alumno llevó el pésame de sus compañeros; nadie representó a los profesores del Colegio ni de las Universidades. No pude terminar la lectura de mi responsorio; me asaltó una congoja irreprimible, y lloré. Lloré las lágrimas de cuantos lo habíamos amado como a un hermano mayor sin saberlo, admirado sin reticencias. Sentí que habíamos perdido yo, el país y las letras hispanoamericanas a un gran hombre que era necesario que existiera, aunque no lo viésemos, porque a todos, con su mera existencia nos exigía perseverancia y honradez, concisión, exactitud, seguridad y responsabilidad en la artesanía de pensar y decir. Como dije de Lugones: sabíamos que vivía y no podíamos ser negligentes en nuestras obligaciones de escritores.

Quien enjuicie su obra deténgase en la que expresa sus inquietudes de artista y de explorador en busca de los valores perennes en lo viejo y en lo nuevo. Yo pagué en una página encomiástica, lo mejor que pude, mi deuda de gratitud y admiración; ahora exhumo estos recuerdos indelebles e inmarcesibles, pero no sé si podré algún día ocuparme de lo que hizo más que de lo que fue.

Boceto preliminar para una etopeya

La modestia de Henríquez Ureña fue una de sus

prendas personales más preciosas. Conmigo únicamente habló de su señora madre, doña Salomé Ureña, a quien veneró considerándola figura eminente en la vida cultura de su país. En su Antología de poetas hispanoamericanos, compilada en colaboración con Borges, incluye algunas de sus composiciones, en verdad sin otro justificativo que su veneración filial. Algo sabía yo de su señor padre, el doctor Francisco Henríquez y Carvajal, médico, abogado y gran figura intelectual y cívica de América, presidente de la República Dominicana en 1916, cuando lo depusieron las tropas de ocupación norteamericanas. Estoy seguro de que nunca lo mencionó. Un tío, Federico, íntimo amigo de Martí a quien éste dirigió la Carta-Testamento de Montecristi (“amigo y hermano”) también desempeñó esa magistratura, y sus antepasados figuran en la historia de la Hispaniola y de las ciencias y las letras antillanas. Esta última era la prosapia que más le honraba.² No era menos reservado en lo referente a las obras que había escrito y a las que proyectaba escribir, seguramente no las de emergencia que pertenecen al ciclo de sus trabajos de malacate. Dedicado y absorbido por tareas docentes y editoriales, produjo libros didácticos para colegios secundarios, con Amado Alonso y Narciso Binayán, para enseñanza del Castellano. Esto se sabe. Lo que quizá no se sepa es que casi toda la obra que hizo en Argentina consistió en anotaciones y apuntes de lecturas, tomados y aderezados entre una y otra tarea de rutina. Si se aprecian estas bagatelas tomando como índice las que alcanzó a realizar antes, debemos confesar que el peso de sus jornadas de galeote lo anonadaron. A mi juicio, *La versificación irregular en la poesía castellana* y ensayos como *Don Juan Ruiz de Alarcón*, es lo único que pudo madurar en los apremios de otras obligaciones. No cuento las Historias de cultura y literaturas hispanoamericanas, porque evidentemente son ordenaciones de fichas con apenas alguna amalgama. Para obligarse a tan inmenso sacrificio no halló otra razón que el amor a su familia, a la que siempre mantuvo en un alto nivel de vida, siendo para él los deberes hogareños superiores a la gloria y la fortuna.

No se puede juzgar del valor intrínseco de su obra, pues, porque no es justo omitir las condiciones hartamente desfavorables en que se la produjo. Henríquez Ureña no pudo realizar la obra para la que estaba ricamente capacitado, y la frustración, si la hubo como creo, debe atribuirse a dos causales: a) a un ingente cúmulo de impedimentos y adversidades que configuran un destino; y b) a los

complejísimos factores terrestres y ambientales que repelen la aclimatación de las especies finas de cultivo. ¿Era de prever ese destino cuando comenzó en la adolescencia a escribir obras de juvenil lirismo y ambición, acaso versos? ¿No se percibe cuándo se lo condena a elevar el peñón que se le rueda? La fecha es 1922.

Aquel lirismo inquieto y ambicioso desaparece gradualmente, sacrificado a un prosaísmo que acaba por raer de su estilo los adjetivos, las metáforas y cualquier valor superestructural. Aquel soñador acaba en la destreza de un operario especializado, y esta suerte la acepta con abnegación, sin que exhale nunca ni el suspiro del cansancio. Prosa de profesor, escueta, árida, medida y pesada según un sistema cegesimal de cátedra. ¿Esa era la voz de su canto, la que seguía el ritmo de la música y no los acentos del verso? ¿Es una marcha fatídica la que lo lleva de sus ensayos primaverales al crepúsculo de *La Cultura y las Letras coloniales en Santo Domingo*; y al pavoroso registro episcopal de las Notas? Si yo creyera en esos trabajos de minero no podría creer en él. ¿Se trata, simplemente, de una hipertrofia muscular por exceso de ejercicio?

No tengo ningún indicio para juzgarlo así, pero estoy convencido de que Henríquez Ureña fue temperamento apasionado, quizá iracundo, que llegó a un dominio total de sí como lo había logrado de su mente. Lo adaptó a las conminatorias exigencias de su destino, y sin embargo en su estilo está su persona. Renunció a toda manifestación externa como trasunto de su linaje, y exhibió un aparato mecánico de erudición en lugar del saber que disimulaba. No debemos olvidar cierto paralelismo en Alfonso Reyes, que para Henríquez Ureña —con razón— era esencialmente un poeta. Averiguar el porqué de esa conversión es asunto que nos interesa a todos los escritores de Hispanoamérica.

Parecía un hombre común y hasta vulgar; se lo confundía con los de su gremio, mas sólo como el patito feo —el cisne— con los polluelos de pato. Puedo decir: lo excepcional que hubo en Henríquez Ureña no era de la calidad corriente de lo excepcional. El tono mayor de su partitura y el diapasón de su voz no consonaba con las voces del coro. Cuanto era de origen en él quedó obliterado por lo que fue de adquisición. Diré también que su gama era la oriental, con sus colores mate y velados de la pintura china. Hallo una satisfactoria definición: no era un hispanoamericano ni, aunque lo pareciera, un latino; era un oriental. Exótico, pues,

enigmático. ¿Era entonces un hombre frío, razonador, cortés, impersonal? Era un domador de sí mismo.

Henríquez Ureña amaba lo natural y espontáneo, con gran sentido humano por lo popular. Amaba lo natural y espontáneo de la poesía del pueblo, cuyo *pathos* específico de la sensibilidad prealfabeta muchos confunden con la folklórica, de otra cepa. Los dos minutos que disertó sobre el Marqués de Santillana me lo reveló. Hombre de formación esmerada, conservaba fresco el amor por los humildes, limpio de impurezas tales como se hallan en escritores costumbristas y demófilos. Era, como yo, hombre de extrema izquierda, conservando su innato desdén por lo plebeyo “en que las gentes de baja y vil condición se alegran”.

Conflictos y armonías

Si atacaba mi idolatría por Nietzsche con las objeciones filológicas de Wilamowicz—Moellendorf, defendía *El Decamerón negro* y el arte tolteca de mi academismo de esos años. Tenía seguridad asentada en la tierra aunque manejaba un instrumental de biblioteca. La letra impresa no le había embotado los ojos para extasiarse con las obras de arte silvestre de la Naturaleza; la piedra tallada, pero también la guija. Yo estaba por entonces engolfado en la epopeya humorística de Pulci, Boiardo y Ariosto, en la capilla de Pío Rajna y Gaston Paris. Discutíamos, él como revolucionario y yo como conservador. Puedo afirmar con respecto a esta aparentemente contradictoria idiosincrasia suya, que su condición humana y su excelente buen sentido lo emparentaba con Horacio Quiroga mucho más que con Gilbert Murray y Mathew Arnold, para citar autores que conocí por sus indicaciones, o con Menéndez Pidal. Su polimatía no era promiscuidad y un valor no anulaba otros. El me llevó a la lectura de Cristina y Dante Gabriel Rossetti y de Leigh Hunt, pero también a los romances viejos, a los poemas gauchescos, a los negros *spirituals* y a la pintura esquizofrénica. ¿Cómo, entonces la naturaleza selvática no era otro continente —americano, supóngase— que el de los parques y jardines —el paisaje europeo—? ¿Convivían en él las especies aborígenes y las de invernáculo? ¡Cuánto amor y comprensión para el pueblo, y cuánto respeto a la vez por las jerarquías y los rangos! De modo que, en resumen, debo reconocer que lo que más le debo, aunque resulte paradójico, es mi declinación hacia lo rústico y popular, alejándome de lo libresco y mnemotécnico. Por eso he

mencionado a mi mentor en ese viaje de regreso, Quiroga. También Quiroga, el yogui de la selva, era un aristócrata espiritual, un hermoso ejemplar humano a quien no estorbaban los guantes para rozar a machete y desbastar a azuela. No hubo en ambos de sabios cuanto de hombres verdaderos. Común era en ellos la devoción por Tolstoi. Los Henríquez Ureña llamaron Natacha a la primera hija, y Sonia a la segunda; dos de las figuras más encantadoras de la novela universal. Mas no sólo el autor de *Guerra y Paz* y de *Ana Karenina*, sino el narrador de cuentos campesinos para campesinos, el apóstol de la filosofía libertaria de la vida y del sentido religioso de toda existencia, era a quien admirábamos los tres. Esto y lo de más allá es lo que me confirma en que en el erudito subyacía un ascético filósofo de los bosques; bajo la prosa doctoral, un poeta; en el tronco del árbol de la ciencia, un Ariel apresado.

Nunca hemos hablado de temas ordinarios o baladíes, como era usual en los viajes de una hora en tren. Estábamos muy próximos en nuestras opiniones sobre asuntos sociales, como lo estábamos en muchas otras cosas “de fundamento”, las que, como los tipos de sangre, dividen misteriosamente a los seres humanos. Ambos éramos del mismo grupo de “dadores universales”, que en lenguaje de la mojigatería mental se moteja de comunismo, anarquismo, socialismo, como antaño de herejía, masonería y jacobinismo. Por ejemplo: ambos juzgábamos del estado social y político del mundo con criterio filosófico más que político. Viajábamos como polizones, fuera del tiempo y del espacio, y nos intercambiábamos joyas de contrabando. El estaba más al tanto que yo de los últimos acontecimientos de la vida literaria y artística, que le interesaban más que a mí, y hallaba tiempo para asistir a conciertos, exposiciones y conferencias. Mis gamonales eran más severos. Conservaba su afición de la juventud, cuando prefería la crítica de arte a la literaria. Sus descubrimientos de las últimas obras llegadas a librerías o a escena lo exaltaban aún, y me hacía partícipe de ellas. El estreno de *Seis personajes en busca de autor* (*Seis ensayos en busca. . .*), de *Petruchka* y de *Santa Juana* lo retrotrajeron a sus viejos amores, y al enterarme del espectáculo volvía a su vocabulario olvidado y a sus entusiasmos juveniles. Parecería que la estimación apasionada de las obras de vanguardia estuviera fuera de sus gustos espirituales, porque Pirandello, Stravinsky o Shaw son tres genios revolucionarios que se erigieron contra la rutina y el prestigio tradicional del teatro de la época. Simultáneamente hallaba siempre

recursos para defender a sus autores predilectos de la juventud (por ejemplo: Shaw, Heredia, Olmedo, Espronceda) de las innovaciones y hasta de las temeridades de los jóvenes del ala izquierda de la poesía (fue de los primeros en saludar a Pettoruti). Una mañana me dijo, con pudor, que recordaba más de cien mil versos. Ya con argumentos atenuantes, eximentes o especiosos siempre hallaba formas o recursos para defender a alguien. Era de una indulgencia paternal. No creo que la anécdota lo menoscabe en nada, ni que pueda escandalizar sino a los que prueban una sola vez la celada, pues lo que he de contar acusa más que su gusto anacrónico, la lealtad con que defendía aquello que alguna vez lo emocionó. Henríquez Ureña me preguntó aquella mañana, si no creía yo que el *Canto a Teresa*, de Espronceda, era una de las mejores poesías escritas en castellano.³ Naturalmente, le respondí que no.

*¡Oh Teresa, oh dolor! Lágrimas mías,
¿en dónde estáis que no corréis a mares?*

¿Cómo era posible que sobrevalorara tan superlativamente esa composición de patetismo retórico, aunque indiscutible efusión de un doloroso arrepentimiento? Reflexionar sobre este “amor a Dulcinea” me llevaría lejos de lo que deseo consignar aquí, posiblemente a un laberinto psicoanalítico. Me limitaré a una nota marginal: Henríquez Ureña amaba el espíritu romántico y la forma clásica (*Laocconte*, de Lessing, era de sus preferencias). El dominio de una técnica, la demostración de un aprendizaje laborioso hecho con obstinado rigor, lo seducían; como aborrecía la improvisación, el *impromptu* y la irresponsabilidad del juicio inmaduro. De esas ternuras filiales era su amor por España y lo español. Me opuse siempre una exagerada posición ortodoxa a mi vieja requisitoria contra España y a cuanto tiene sabor a pompa imperial verbal en su literatura. Discutimos muchas veces, particularmente sobre Menéndez y Pelayo que a mi juicio es dechado del espíritu consistorial con que pontificó treinta años en treinta volúmenes de bodoque disuelto, contra toda forma de laicismo en política, en filosofía y en estética. La España de Sagasta y de Cánovas, de Weyler y Manterola. Todo esto es un sofisma A.M.D.G.

Preparaba yo *Radiografía de la Pampa* donde se enjuicia severamente la Conquista, la Colonia y el resabio que dejó en estas tierras, lo que entiendo que es la raíz oscura y amarga de la

españolidad. En fin: admitamos que haya dos Españas (como hay dos Argentinas y dos Méxicos), una que está cimentada en la tierra de España, otra que es la tribu errante. Henríquez Ureña defendía las dos, la borbónica y la republicana, la sepultada bajo los cimientos del Escorial en la guerra civil de 1936 y la de los heterodoxos (también aquí Menéndez y Pelayo). Para él eran España el Poema del Cid y los romances, las canciones de amigo, la Celestina, los comuneros de Villalar, la de los mártires por la libertad, que tantos tuvo. Para mí era la España que constituye el *continuum* histórico, militar y eclesiástico, la que desterró de su incultura aldeana la alta cultura semítica. El la juzgaba por sus místicos y yo por sus mistificadores; él por Bartolomé de las Casas y Bernal Díaz del Castillo, y yo por los encomenderos y los inquisidores. No era sino distintas maneras de leer los mismos textos. Respectivamente, pro o contra Espronceda, pro o contra Menéndez y Pelayo.⁴ (El lo defendió contra Azorín). En la misma tierra nacieron Torquemada y Servet, pero uno es el que triunfa.

Si tuviera yo razón, ¿qué importaría? Así como lo popular auténtico se aleaba en él con lo suntuoso y salmantino, así lo positivo y real de la vida se compaginaba con lo aprendido en los libros y valorado en las analectas. En muchos respectos Henríquez Ureña era un ortodoxo racionalista como yo un hereje agnóstico. Disentíamos mucho más sobre la vida de la razón (amaba como yo a Santayana) que sobre la vida cotidiana y ordinaria. Atribuyo esto a su formación académica, a su prematuro asentimiento a los dictámenes de los concilios y tribunales, a sus estudios de Derecho, a los *idola* de alumnia. Había sacrificado, a mi parecer, lo que surgía de su alma a sus muchas lecciones bien aprendidas y bien dictadas. Para usar la antítesis de Klages, el conflicto entre el alma y el espíritu. Y éste es un punto que no debo eludir, a pesar de proponerme no abrir juicio sobre su obra. Indiscutiblemente de ambos *daimones* estuvo asistido: en la cátedra era un profesor y en la intimidad un maestro; y éstos no son los mismos, sino antagonicos. Ha dejado muchos alumnos de talento que lo admirán y que valoran los méritos de su inteligencia. A mi parecer, las mejores lecciones las impartió paseando por sus jardines de Accademo de La Plata y en las fecundas conversaciones en privado.

Tengo el ejemplo de otro profesor, catedrático de Metafísica y maestro de humanidades: Alejandro Korn. Cuantos lo

trataron elogian su personalidad de pensador y orientador, cuyos quilates no es posible inferir de la obra que ha dejado escrita. Korn fue, me dicen, una inteligencia clara, profunda y persuasiva. Inculcaba juntamente con el conocimiento elaborado, la *libido sciendi*, la pasión de saber. Yo, que no lo traté, en vano busco en sus escritos breves alguna reverberación de esa claridad, y si no hubiese conocido a Henríquez Ureña tampoco podría formarme de él otro juicio que el de los que lo conocieron e ignoran quién fue. Básteme aceptar que, en uno y otro, profesor y maestro hallábanse diferenciados, y que, según las circunstancias, una u otra cualidad anulaba a la adversaria. Sólo una vez escuché disertar a Henríquez Ureña, sobre las primeras descripciones del paisaje americano por los descubridores. Hablaba como si leyera, y la impresión que tuve era de que ése era él, efectivamente, pero el otro, el que conocieron los alumnos y no los discípulos.

Si bien en Henríquez Ureña existía un valioso don de comunicar y hacer compartibles los frutos de su saber, no creo que su condición humana haya contribuído a dar plasticidad poética (*de poiesis*) a su palabra. Para el caso requeríase tener cierta perspicacia a fin de percibir en la parsimoniosidad frialdad de sus lecciones peripatéticas qué había de cálido, y en la impasibilidad de apasionamiento. Apasionamiento *ma non troppo*. Amaba las ideas, el Eros de Diótima, y en esto se diferenciaba de otros profesores más apasionados que amaban las ideas como bienes de su pertenencia personal. Henríquez Ureña no tuvo el egoísmo de que sus ideas fuesen suyas, cuanto el goce de que fueran verdaderas, hermosas y comunes a muchos. En esta condición las transmitía desde la cátedra, como bien perteneciente a todos del que era fideicomisario. Nada de originalidad, pues; nada de osadía. Solamente en el trato asiduo, en la comunión conyugal de las ideas, podía advertirse la libertad de pensamiento en su magisterio socrático. Sus juicios personales, si disentían con el consenso canónico, los exponía con modestia. No se complacía en ninguna clase de sensacionalismo. Como decía Valéry, "había matado la marioneta". Lo novedoso modulábase sin énfasis en la tesitura de lo conocido. Incluso en su apasionamiento era circunspecto. La comunión de ideas y sentimientos con Henríquez Ureña había de vencer las costumbres ordinarias de pensar en un primer plano, trasladándose a un plano ulterior de plática informal. Entonces descubríase viviente y actual aquel hombre que fue hasta los veinticinco años, el que por eventos que no debo ni

puedo conjeturar, quedé prisionero en la telaraña de la pedagogía.

Adelfixia

Todo en Henríquez Ureña estaba bien organizado y colocado en su lugar, para el rendimiento de una obra de vigor. Era hombre fornido, de complexión robusta, firme, gimnástica. (Debió de practicar ejercicios físicos: nadar, por ejemplo). Su marcha, de paso corto y seguro sólidamente puesto sobre la tierra; su reposo tranquilo, si sentado; su elasticidad al ponerse de pie, sin brusquedad empero (subía de dos en dos los peldaños de las escaleras); el dominio de sus ademanes y un tono viril en las actitudes, siempre dentro de una benevolente cortesía, nos indicaban que era un hombre fuerte. Fuerte en todo sentido; acaso estoico. Pues, ¿no tenía sus ribetes de sibarita, de *gourmet*, que domeñaba una sobriedad de anacoreta?

A esta reciedumbre e inequívoca virilidad se le superponía —tal vez por conciencia de su fuerza orgánica— la delicadeza y el espíritu gentil que él descubrió en Juan Ruiz de Alarcón y yo en el náhuatl Alfonso Reyes. Así era, psicológica y emocionalmente. Su retrato veraz es la fotografía, muy difundida, publicada por *Sur*, en que está sonriente, puesto un chambergo campechano y en actitud de escuchar, con reticencia y aprobación, alguna opinión aventurada. La descripción inteligente de ese retrato por el método de Klages nos daría su equivalente psíquico cabal.⁵ Ahí se percibe una fuerza física en reposo, de la que brota su sonrisa indulgente.

Amistades y simpatía

No había en su cultura lagunas ni desniveles. Se podía entablar con él un diálogo sobre ciencias naturales, sociología, artes, historia, filosofía, que siempre se lo hallaba provisto de sólidos conocimientos. Sabía dialogar y mantener el diálogo en la justa tensión de una cuerda de instrumento. Como el buen bailarín —y más la buena bailarina— acompañaba sin pesantez ni indecisiones, apoyado en el compás más que en la pareja. Hablar con él era placible danza, diálogo cómodo; y debo confesar que con él se me ocurrían más ideas que con nadie (lo que habría entendido muy bien Nietzsche). Me llevaba al paroxismo de la paradoja, que sabía

suscitar, alentar y combatir. No estaban en su juego (sin embargo, Cf. su artículo sobre Chesterton), como tampoco lo estaba la crítica desdeñosa. Le complacía que arrojara yo con desdén sobre el tapete alguna de esas célebres y veneradas figulinas que en las letras argentinas colocan algunos en la repisa de los fetiches, y creo que sólo las defendía para que yo pudiera hacerlas añicos. Así solíamos probar fuerzas, oponiendo él a mis razones intemperantes sus razonamientos. Después reía con risa opaca —la del retrato—, satisfecho de que no todos aceptásemos la iconolatría, pues tampoco él se engañaba sobre nuestros aspirantes al premio Nóbel y al ridículo. Aun por los falsos ídolos tenía respeto gremial. Debe haberle sorprendido, imagino, la cantidad de bisutería que exornaban los paraninfos de los institutos de Humanidades. Pronto tamizó nuestras celebridades y separó el trigo de la granza. La primera plática extensa que tuvimos fue sobre Alberdi y su estudio *Las Bases*. No menos le sorprendió que tuviera yo estima y reverencia por la obra y el autor, en razón de que la plática se inició sobre genios *ersatz* y sobre personajes olvidados de la historia y de las letras argentinas. Alberdi sigue siendo, no para mí, de los réprobos que no han obtenido absolución y permanecen sepultados en el *Index librorum expurgatorius*. Convinimos en esto: en que era el hombre de menos fantasía e imaginación entre los escritores de su época beligerante (1837—1852).

De fantasía e imaginación —con referencia a Schlegel y Coleridge— hablamos muchas veces, tomando el “caso Borges”. De pocos escritores le oí formular tan categóricos elogios. Todo en Borges le parecía interesante y novedoso, hasta su despreocupación por los aledaños agrarios de sus dominios metropolitanos. Me contó esta anécdota: “Por fin —me dijo— pude llevarlo a oír música. Al terminar la primera parte del concierto le pregunté qué efectos le había causado, y me respondió: —No veo el interés que esto pueda tener. A lo cual tuve que replicarle: —Pero Borges: yo no lo he traído aquí para ver sino para escuchar”. Consideraba que la mayor virtud (*de virtus*) literaria de Borges eran la fantasía y la imaginación, bien dosificadas.

La simpatía por Borges, quizá como por nadie en sentido paternal exceptuando a María Rosa Oliver, era también intelectual. Este tópico merecería mayor atención de la que puedo darle aquí, pues tomados él y Borges como ángulos, ocuparía yo el

otro de una figura trigonométrica de lo que pensamos de lo argentino—americano. Sólo puedo comentar recuerdos muy claros del descubrimiento de Borges por él. Causó en los círculos literarios la impresión de un meteoro luminoso. Era hacia 1925, cuando regresó este escritor de Europa —digo que regresó de Europa este escritor—, si no transcuero las fechas, al iniciarse el grupo martinfierrista que removi6 las aguas estancadas de nuestra literatura. Henríquez Ureña tom6 partido por los jóvenes iconoclastas, con la circunspección que su representación extraoficial de la cultura hispanoamericana le imponía. Yo conocí a Borges hasta varios años después y contadas veces hemos hablado sino de t6picos triviales. Ultimamente me retribuy6 con afecto de camaradería las múltiples constancias escritas que he dado de mi admiración por su obra, de mi respeto.

Una circunstancia que creo útil señalar, es que Henríquez Ureña encontr6 mayor comprensión entre las mujeres de la élite intelectual que entre los hombres: Victoria Ocampo, Nora Lange, Silvina Ocampo, María Rosa Oliver, Emilia Bertolé, María de Villarino, Ana Berry, Carmen Gándara, Delia Etcheverry, Perla Gonnet, Norah Borges. Sobre este punto sólo dos párrafos: creo que en mi país actualmente un grupo de escritores de la capital federal y las provincias ocupa sitio de vanguardia; y que revelan mayor valentía, apasionamiento y comprensión de los problemas vitales de la nacionalidad, demostrando mayor soltura de movimientos en las ideas y en el estilo. Mi parecer es que con pocas personas en Argentina, Henríquez Ureña pudo ser más confidencial que con la élite de mujeres inteligentes, ni que los profesores y ensayistas lo hayan cateado mejor en sus áureas vetas profundas. Y por esta senda voy a un estero. Uno de los puertos de carena a pocos años del arribo (1929) fue la fundación de la revista *Sur*, cuya directora, D^a Victoria Ocampo, le ofreció desde el primer día el doble apoyo de su amistad y de su influencia ante personalidades del patriciado intelectual. No participé en ese cenáculo, pero por otro azar curioso habría yo de ocupar su vacante en el Consejo de Redacción, y también en la amistad de la directora, por quien profeso admiración y gratitud ilimitadas: Vittoria Colonna, Clemencia Isaura, Gaspara Stampa. Comparto la certeza, con Henríquez Ureña, de que la cultura argentina le debe una aportación valiosísima, que un prejuicio de clase entre los críticos subvalora y empaña. Después diré algo más.

La amistad de Henríquez Ureña con Amado Alonso,

fraternal sin duda, debíase a múltiples afinidades de formación intelectual, probidad en la profesión, en la moral de la inteligencia, más que de temperamento. Tampoco Amado Alonso logró enraizar ni aclimatarse, y al fin debió abandonar la Atenas del Plata para ir a morir, “desterrado”, en Norteamérica. Pero éste es otro cuento.

Guía de precaución para ulteriores inquisiciones

No creo que quienes trataron a Henríquez Ureña más asiduamente que yo —Borges, verbigracia— pueda decir de la etopeya de él más de lo que aquí aventuro en calidad de intuiciones absolutamente personales y probablemente arbitrarias. Sobre Henríquez Ureña hay que conjeturar, y para ello las dotes adivinatorias, diré de quiromancia o grafología, son más válidas que el juicio analítico basado en sus obras o en documentos y testimonios fehacientes. Es muy posible que, sin haberse engañado, la opinión de sus allegados tropiece, más que con la noción clara de su personalidad difícil, con los propios medios de expresión de que disponga el crítico. He notado en sus panegiristas —de todos modos pocos y, como es nuestra índole, mezclados el elogio y la reticencia— que tratan de escamotear al hombre de carne y hueso, que les parece insignificante, para poner un “eidolon” que a ellos les parece de más prestancia. ¿Es que se lo puede tratar, como posiblemente a todo ser humano excepcional, como a los muertos distantes? Con ese criterio la biografía de Samuel Johnson por Boswell, retocada por un fotógrafo profesional, daría la imagen fofa de un petimetre corpulento. Quiero contribuir a evitar cualquier error por ingenuidad o por ligereza.

Pienso que Henríquez Ureña fue un hombre difícil, incomprensible acaso hasta para los más próximos a él, de una unidad de conducta muy nítida y de una gran sencillez horizontal; mas en la tercera dimensión, que es la que efectivamente da volumen a su vida y a su obra, sólo un juicio penetrante y atrevido —que no descuide el examen de su caligrafía— puede tener posibilidades de éxito. Por eso debo aclarar, anticipándome al reproche de ese género que pueda hacérseme, la posible *apocrifidad* de mis testimonios, y seguramente la casi falsedad de los otros. La difícil personalidad humana y psíquica de Henríquez Ureña puede depender para nosotros de que:

1.— Su vida ha de haber sufrido un trauma decisivo, al madurar su personalidad intelectual.

2.— Ha de habersele planteado, un tanto inesperadamente, el problema de la lucha por la vida, de sus recursos de ataque y defensa, y de sus innegables inhibiciones para usar medios prohibidos (no lícitos, no correctos; golpes bajos).

3.— Su vocación por un saber preciso, conciso, claro y su temperamento vigoroso, indómito y agresivo (sic), en pugna con su “animula, vagula, blandula”.

4.— La situación de minusvalía que ha de haberle creado el poseer una fuerza que no encontraba sus naturales y cómodas vías de expresión, dado el medio circundante. (¿Por qué tantos viajes en la juventud, tanta sosegada inestabilidad?).

5.— Hombre tan hogareño, el no haber podido arraigar, echar raíces profundas, de leguminosas, en un lugar firme y con un clima apropiado a la naturaleza de su poderoso organismo psíquico (haber sido un peregrino retenido en alguna parte a mitad de la ruta. ¡Su admiración por Odiseo!).

6.— El haberse creado compromisos —no atino a decir de qué índole— que lo obligaron a afrontar tareas agobiadoras, que si no desvirtuaron la aplicación de su fuerza, sí la encauzaron en derivados extraños a sus designios.

7.— Inicialmente una vocación fluctuante, que se canaliza tanto por exigencias de la lucha por la vida cuanto por amistades y “círculos de existencia ocasionales”. Falta de una amistad decisiva, en el momento crítico del salto cualitativo, como yo la tuve en Horacio Quiroga.

8.— Debilidad —no ausencia— de espíritu ascético, diré del tipo de Spinoza, Balzac o Péguy, capaz de entregarse a su vocación como a un destino para extraer de sí su auténtica, inmaculada personalidad eterna.

9.— Algunos complejos psicoanalíticos, como es natural.

Pedro

Confieso que siempre, y en cualquier boca, me desagradaba oír que se le llamara familiarmente Pedro, con omisión de aquel buen precepto que impone respetar a los mayores de edad, saber y gobierno. El lo autorizaba y hasta se complacía en ello, lo

que no obsta a que me pareciera irrespetuoso, particularmente desde que el señorío innato en él lo hacía incongruente. Debo anticipar que mis puntos de vista son los que pienso que debe adoptar quien valora estos detalles insignificantes como sintomáticos para una Psicología Social, o un Psicoanálisis Social como para el caso juzgo indispensable. Ignoro la génesis y el área de difusión de esa especie irreverente, y supongo que provenga de España más que de Italia (el Aretino, el Dante), y de un ambivalente sentimiento de orgullo y de menosvaler.

Es posible que en este tratamiento familiar encontrara Henríquez Ureña una facilitación a la amistad, contra la que existían de hecho tantos impedimentos, un modo de atemperar su aislamiento, o para que su interlocutor acertara así la distancia o el desnivel para sostener un diálogo informal. Puede ser que existan otras razones, para mí inalcanzables; mas el desagrado que confesé debíase a que no encontraba yo en Henríquez Ureña pretexto alguno para autorizar ni consentir tal tratamiento. Me hubiera sido violento y hasta mortificante aceptar ese vocativo, aunque se le haya dado a los reyes, para dirigirme a él menos para mencionarlo en tercera persona; y ese sentimiento que en mí pude analizar con relativa lucidez, me asegura que habría sido de mi parte una falta de respeto más que prueba de amistad. Me habría colocado en el plano en que él estaba, igualando dos niveles en que sentía yo que vivíamos; me hubiera dado una errónea proximidad no basada en ninguna familiaridad, ni amistad en el sentido usual de la palabra, que lleva el tratamiento del tú, por ejemplo —Henríquez Ureña fue lável a él, lo reconozco—; me habría hecho olvidar la diferencia de estirpe espiritual, que no pudieron dejar de sentir sus íntimos amigos —porque antes dije ortodoxo y heterodoxo, y ahora debo decir apolífneo y dionisiáco—; etcétera. Si suponiendo que haya sido jefe de escuela, capitán de pléyade (que no lo fue), se llegara a usar la palabra “pedrismo” confieso que la familiaridad habría recobrado su desnuda sinonimia de irrespeto.

Mas estamos en las fronteras del psicoanálisis. Este tema merece un estudio cuidadoso, porque en tierras de América el tratamiento de “don”, aplicado primeramente como reverencia, cayó progresivamente en formulismo vacuo y, al fin, en inexpresivo, ya que se aplicaba más bien a gente común a la que no queríase denotar respeto. También el vuesamerced decayó en el vos de algunos países.

Esto lo sabía muy bien Henríquez Ureña.

Redundo en este punto, porque juzgo que hasta más allá de lo que pueda parecer, Pedro o don Pedro en Argentina, y para él, no era tratamiento encomiable. Creo que Henríquez Ureña les parecía mucho para ellos, sin advertir que Pedro era excesivamente poco. Nada, ni en su persona ni en su personalidad, autorizaba hacer una rampa de lo que era una escala. Verdad es que decimos Leonardo o Rafael; pero también Ramón y Gabriela. Alberto Palcos, en su libro *Visión de Rivadavia* dice de este prócer “don Bernardino”, y no faltó sino que Rojas llamara “don Pepe” al “Santo de la Espada”.

Elites

En mi país, especialmente en ese humus cultural que dije —debajo está la tierra caliza, la plancha del macizo Brasilia— el habitat es difícil para las especies de otra fauna y otra flora. El indio en el Altiplano, el ona en Tierra del Fuego, nacen, se desarrollan y procrean en un duro clima ofelotérmico. Groussac y Juan Agustín García (*Sobre nuestra incultura*) se han referido a esta atmósfera o clima que repele al que no alcanza el nivel biológico satisfactorio. Por debajo o por encima, se sucumbe. Lo que otras veces ha señalado como sino nacional, con escándalo de los aclimatados, el “destierro”, reza para el individuo de especie trasplantada, fenómeno que han observado botánicos y zoólogos. Juan Bautista Alberdi y William Henry Hudson bástenme como ejemplos, sin necesidad de apelar a más penoso testimonio.

Yo comprendía perfectamente, cada vez que nos encontrábamos, cuál era su situación, porque era la mía.

Sabía yo que muchas de sus amistad con personas, honorables sin duda, pero de urdibre mental y moral muy distinta a la suya era una especie de alcabala que pagaba cada día. Que se aviniera a ellas y hasta que, por su inmenso don de gentes, las integrara en su curriculum, me pareció y sigue pareciéndome natural porque habiéndose resignado al fin a un género de vida conforme a su estamento, aunque no a su temperamento, el de “profesor”, su gens era entonces la de su clase y no la de su estirpe.

Periódicamente concurría las tardes a *Sur*, donde hallaba con quienes platicar de temas docentes liberados de la etiqueta universitaria. Fuera de ese círculo, y de otros de menor

categoría, pero sin descender a la barriada de Boedo, revista, contertulios y colaboradores eran motejados de snobs. Este mote enredaba también a Henríquez Ureña, y debo dar mi opinión a este respecto.

Quien por antonomasia ha recibido de frente el impacto de esa palabra —según Franz Werfel de “sine nobilitatis” = s/nob— Victoria Ocampo. También ella lo sabe, sin que nadie, que yo sepa entre sus fieles y leales amigos, haya tratado de analizar la razón de ello, al menos en cuanto es síntoma de un estado latente de renitencia a lo extranjero en la cultura. Evidentemente el problema, en una sociedad cosmopolita como la nuestra, donde circulan legalmente la lira, la rupia, la piastra, el dólar y la peseta, este rechazo bien merece, creo, un análisis aunque sucinto de “situación”.

En la fundación de la revista *Sur* —si mis noticias de segunda mano no son inexactas— participaron Waldo Frank, Henríquez Ureña, Ansermet y otros personajes cumnobilitatis. Victoria Ocampo la fundó y la dirige, con enormes erogaciones y disgustos, para importar al país, como hacen los hacendados, sementales de raza con que mejorar las especies nativas. Hay contra el snobismo la misma prevención que contra el intelectual foráneo (nosotros que hemos aprendido a dar la bienvenida a los capitalistas extranjeros, a marqueses tronados y a filibusteros de la banca internacional, no aceptamos de buen grado el capital de cultura cuando no llega de contrabando).

Victoria Ocampo (también Victoria) es una de las figuras más meritorias de la cultura de mi país, a quien ha perjudicado ser desinteresada donde no todos lo son; patriota donde todos lo fingen, generosa cuando el egoísmo es la norma. Lo he dicho otra vez: “una institución” que ha hecho con su peculio y con su abnegada perseverancia, más que el Estado para incorporar una alta cultura exótica, trasegándola de todas partes del mundo a los receptáculos de alfarería de nuestras tierras. Lo que cuenta para el caso es su misión institucional, aparte sus dotes personales y temperamentales de escritora, que las tiene, y que pertenece al patriciado de más abolengo. Exenta en su sensibilidad y en su mentalidad de las influencias deteriorantes del clima nativo, el lector advierte que en sus trabajos falta el sabor de la sal de la tierra. Falta en ella, como en otras pocas personas de formación espiritual extranjera: Groussac, Borges o Banchs. Exenta en su sensibilidad y en

su mentalidad de lo arquetípico argentino tal como nos lo han revelado los observadores imparciales, y que se manifiesta en nuestro modo de ser y de comportarnos con el prójimo, con la sociedad y con los dioses.

Sean cualesquiera las causas y circunstancias que han contribuído a preservar la inteligencia de ese grupo de personas excepcionales de su contaminación (formación inicial fuera del país; lecturas escogidas y modelos adoptados conscientemente; “las afinidades electivas”, en fin) este signo de calidad y extranjería es lo que ha hecho de ellas “extranjeros naturalizados”, ciudadanos honoris causa; lo que ha creado un desafecto general y entrañable, desplazándoselos del cuadro de las figuras representativas de las letras argentinas.

No creo que se los pueda absolver; creo que se los puede exculpar. En lo atingente a la inteligencia no son aplicables las sanciones lícitas que a las modas, las costumbres, el lenguaje, el tren de vida, el juicio de valores, la consagración del éxito mundano que caracterizan el snobismo. Snob, europeizante, “extranjerizante o cualquier otro calificativo son sinónimos para el caso: expresan una modalidad que difiere en notas esenciales del común denominador de la “inteligencia”; de, a la par, el jus sanguinis y el jus solis. El desarraigado y el advenedizo. La palabra “snob” no es cabal, entonces, y debiera ser analizada semánticamente, lo que no puedo hacer ahora.

Creo recordar que una de las tesis de Henríquez Ureña en *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* es que, para configurar un *ethos* americano, no podemos prescindir de la cultura europea, si bien escogiendo lo más adecuado y de valor. ¿Cómo hacer esto, pues? *Sur* lo ha intentado, dentro de su “zona de influencia”. A Henríquez Ureña, el veredicto de los que no frecuentaban las reuniones de *Sur* ni leían la revista —tampoco publicaban en ella—, le alcanzaba por otros malentendidos. Verbigracia, ser de una formación extraña a nuestro habitat intelectual, y exento, por lo tanto, del pecado de origen, el haber cultivado una clase de saber no usual ni en los medios calificados, más el haberse mantenido aislado de otras frecuentaciones que las *honoratíores*. Por supuesto, bien lejos estuvo Henríquez Ureña de ser snob, y si se le ha aplicado incorrectamente el atributo, puede sospecharse la ilegitimidad de la aplicación en otros casos flagrantes.

Pero basta para lo que deseaba decir.

NOTAS:

- (*) Tengo la certeza de que para quienes sienten por la obra de Henríquez Ureña el respeto y la simpatía que merece, no serán baladías estas impresiones y reflexiones puramente intuitivas mías. Lo sobreviven personas que lo conocieron mejor y lo trataron más que yo, quienes acaso disientan con mis dictámenes; *epppure* . . .
- (1) En 1921 lo conocieron en México Orfila Reynal, Ripa Alberdi, Dreyzin, Vrillaud y Bomchil, en el Congreso Internacional de Estudiantes. Formaron hermandad con Reyes y Vasconcelos. ¡Era todavía el de los "días alciónicos", que yo imagino al escribir estas líneas!
- (2) En carta íntima a una amiga, Leonor M. Feltz (1909), hallamos referencia a su crisis de pubertad espiritual.
- (3) En *Cuadernos Americanos* conté que en cierta ocasión Lugones me preguntó de súbito, si no pensaba, como él, que Alejandro Dumas había sido el más grande novelista de todos los tiempos. También Quiroga, con sigilo, me hizo análoga inquisición: ¿No le gusta a usted el *Nocturno*, de Manuel Acuña? En ese caso mi respuesta fue instantánea: —Naturalmente, y mucho. A estrofa cada uno lo recordamos: "Pues bien: yo necesito / decirte que te adoro. . ."
- (4) *Las cuatro columnas de la prosa, Menéndez y Pelayo, Valera, la Pardo Bazán y Pérez Galdós*. Ariel, 1904.
- (5) Alguien lo hará, espero, mas no los que hasta ahora han dado su parecer en ese sentido, pues las pocas explicaciones psicológicas sobre él son superficiales y balbucientes.